

mente, las privaciones del día, esperando conformes á que amaneciera el de nuestra liberación.

Al empezar la invernada habíamos llenado nuestra damajuana, cuya capacidad era de cinco litros, con el petróleo que calculamos necesario para una temporada. Consideramos que este envase sería mejor que el de hojalata, presunción que comprobamos al sacar nuevamente petróleo, que se había helado, derramándose á causa de la herrumbre que se formó en el recipiente, de modo que quedaba tan sólo la mitad aproximadamente de los quince litros con que contábamos.

Sin embargo, como no teníamos ningún otro envase para ponerlo, hubo necesidad de arreglar el de hojalata con unas tiras de goma que llevamos de reserva para la cocina «Primus». Grunden se encargó de esta difícil operación, que llevó á cabo con la mayor pericia.

En otra ocasión dije que habíamos llevado á tierra en nuestro stock algunos paquetes de bujías, las cuales—excepto las tres velas de San Juan—conservábamos aún para alumbrar nuestra tienda por la noche durante el viaje en trineo. Entonces demostró de nuevo Duse su habilidad de artífice construyendo un candelero de madera que podía colgarse como una lámpara. Otro trabajo de carpintería de mayor dificultad fué la construcción de anteojos de madera que habían de substituir los que llevábamos Duse y yo para la nieve, y que se habían perdido, los primeros durante nuestro primer viaje en trineo y los míos hacía poco tiempo.

Duse se hizo unos magníficos con duela de roble, unidos con un cordoncillo, que no había más que pedir; yo, en cambio, construí los míos de una sola pieza, y su aspecto extraño aumentaba con los retazos de paño que

apliqué á los lados, porque el trozo de madera no evitaba del todo la luz (véase grabado página 577 del primer tomo). Los dos modelos llenaron su objeto y los empleamos después durante la expedición á Snow-Hill. La pequeña abertura para la vista estaba formada por una ranura horizontal con un pequeño corte perpendicular para aumentar el campo de la visión.

Como mencioné en otro capítulo, no teníamos más que una aguja de coser velas, que empleábamos con mucha frecuencia para distintos usos, y siempre estaba pasando de mano en mano. A menudo la necesitábamos para recomponer las polainas, remendar el calzado con trozos de lona de la tienda y hasta para coser las suelas de los zapatos, que restaurábamos á nuestra manera con cuero de foca. No holgaba tampoco para zurcir los guantes ó dar unos puntos á una gorra vieja.

Con frecuencia, durante el invierno, habíamos tenido necesidad de reparar las importantes averías de nuestra ropa interior. Para ello sacamos hilo de zurcir de la cuerda que servía para sujetar la lona de la tienda. Deshicimos para este objeto un buen trozo en cabos muy finos, empleando los más gruesos para la lámpara. Para los viajes en trineo tuvimos que arreglar los talones de las medias con material algo más suave que la lona, y para ello cortamos de su parte superior trozos que, deshilados, nos proporcionaron excelente hebra para zurcir.

Una de las tareas más desagradables para nosotros era el lavado de la ropa, que nunca quedaba á nuestro gusto. Una vez probé lavar un par de medias con orines, como lo hacen los esquimales, con objeto de disolver la grasa. El resultado tuvo un éxito completo.

Instalados en la cabaña, al empezar la invernada,

desistimos de lavarnos las manos y la cara, porque en seguida nos volvíamos á ensuciar de grasa, de humo y de hollín, que nos rodeaba por todas partes.

En cambio, nos lavamos dos veces, durante el invierno, los pies con agua caliente, empleando para ello los únicos recipientes de que disponíamos, es decir, las cazuelas de la comida.

Nuestra ropa interior de lana estaba últimamente, como es natural después del largo tiempo que la llevábamos, muy sucia y deteriorada. Cuando dejé el «Antártico» me llevé dos camisas y tres pares de calzoncillos de lana superior, sistema Jäger. A fines de enero creí que no tardaría más de un mes en regresar el buque y me decidí á mudarme de camisa. Pero resultó que llevé ésta siete meses y medio seguidos, hasta que poco antes de la marcha definitiva me puse la que llevaba, que no era de tanto abrigo. Dos pares de calzoncillos que estaban completamente gastados, llenos de agujeros y casi transparentes, los tuve que substituir por los otros menos estropeados, y destiné los viejos para forrarme los pantalones.

Ciertamente que con este indumento no iba vestido conforme al último figurín, pero esto y mucho más se necesitaba cuando el viento nos combatía con furia y la nieve se helaba sobre nuestras ropas.

Todo nuestro guardarropa de reserva consistía en un abrigo y unos pantalones de paño grueso. Grunden tuvo que apropiarse estos en lugar de los que llevaba, que se caían á pedazos, pero aun así, aprovechamos los retales más enteros y menos sucios para remendar otras prendas. Duse quedóse con el abrigo y arreglamos nuestros sacos-camas para dormir.

Aguzábamos el ingenio cuanto podíamos para procurarnos la mayor defensa contra el frío, empleando todo lo que teníamos á mano. Cuando emprendimos el viaje en trineo nos abrigábamos para dormir colocando sobre los sacos-camas un pedazo de alfombra que nos repartimos entre Grunden y yo, cerrando así exteriormente las bolsas por arriba. Duse tapaba la abertura con su abrigo. Hacíamos toda clase de ensayos y combinaciones para que, después de habernos metido en los sacos de dormir quedase tan sólo un pequeño agujero para respirar. Nuestras camas tenían de esta suerte el aspecto más irregular y extraño que pueda concebirse. Sin embargo, llenaron su cometido más tarde, resguardándonos perfectamente durante el frío temporal que sobrevino apenas nos pusimos en marcha, el cual duró dos días y medio que nos parecieron dos siglos.

Cuando hubimos puesto en orden todos nuestros efectos, faltaba aún mucho qué hacer para completar el equipo.

Procedimos á quitar la lona de la cabaña y á sacar el trineo empotrado en el techo. Se había combeado algo á causa de la presión ejercida por la nieve y las piedras, pero le volvimos á su primitiva forma cargando sobre las partes deformadas pesados bloques de piedra durante algunas horas.

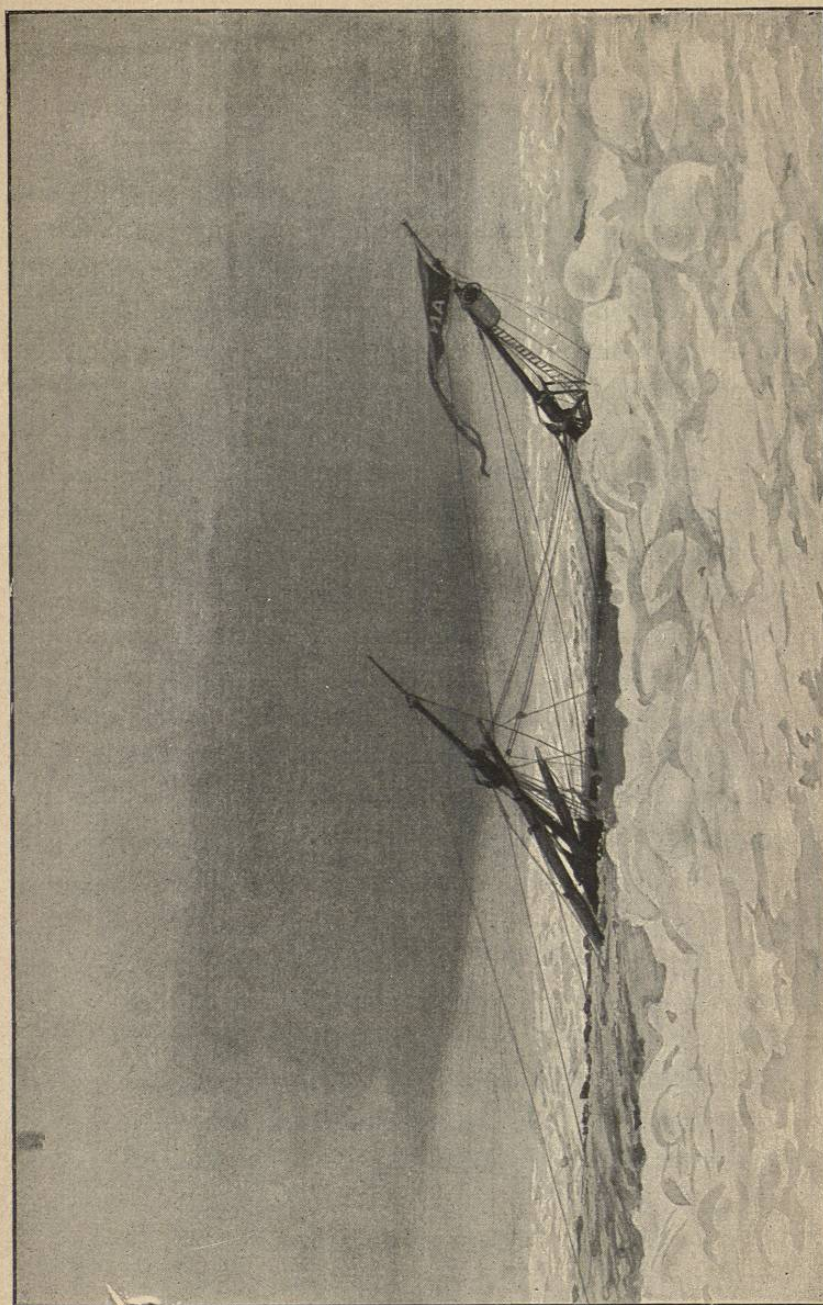
Al recomponer el trineo hicimos un hallazgo de provecho. Cuando le teníamos á bordo del buque estaba atado con una cuerda fuerte y bastante larga, que conservaba todavía y que nos prestó buenos servicios. La deshicimos en seguida y los cabos más finos y consistentes nos sirvieron como bramante para coser la lona y arreglar una tienda que nos sirviese durante el viaje en trineo.

Aunque durante el otoño se había estropeado mucho el lienzo antes de refugiarnos en la choza, Grunden hizo verdaderos prodigios con la aguja y el bramante para reparar los desperfectos. El trozo de lona que tapizaba el pasillo fué substituido por un techo provisional y se añadió á la tienda. Resultó así, después de construída, un extraño contraste de colores: veíanse trozos negros como el carbón unidos á otros de lona limpia y blanca, en la cual destacábanse, sin embargo, algunas manchas grises que marcaban las huellas de nuestras manos poco limpias.

De todas maneras podía afirmarse, sin alabanza, que nuestro equipo llenaría su objeto dados los medios de que disponíamos. Pero aunque habíamos dedicado toda nuestra atención y nuestros esfuerzos durante meses enteros para proveernos de lo que necesitábamos, parecía, sin embargo, nuestra impedimenta la de la más mísera caravana.

Si los vagabundos inmortalizados por las descripciones de Alberto Engström, nos hubieran podido contemplar cuando abandonamos la choza de piedra, con los extraños sacos de dormir cargados en el trineo, la lona enrollada llena de remiendos, nuestros anteojos de madera entrapajados por los lados, la lata de petróleo abollada y llena de parches, los largos palos de la tienda al hombro y los patines para nieve de Grunden empalmados con cuerdas; ennegrecidos nuestros rostros por el humo y el hollín, seguramente nos hubieran nombrado en el acto miembros honorarios de sus bohémias corporaciones.

Debíamos realizar algunos trabajos científicos antes de emprender nuestra marcha. Duse acabó su esbozo de mapa de la bahía de la Esperanza, y yo hice algunas



Pérdida del «Antártico».—Al poco tiempo, sólo se veían los topos de los mástiles.

observaciones complementarias respecto á la congelación del agua del estrecho que mencioné en el anterior capítulo.

Pero cuando estaban terminados todos los preparativos, el 20 de septiembre, tuvimos que suspender la marcha. Desencadenóse una tempestad de nieve que amenazaba con retenernos aún por muchos días. Hacía un tiempo pésimo y toda nuestra animación y alegría de los preparativos se había disipado al ver que se aplazaba nuestra partida.

La comida empezaba á escasear, pues todo había sido empaquetado para el viaje, y á través de las formidables aberturas que se abrieron en la pared de la tienda, que no nos cuidábamos de reparar, penetraba la furiosa ventisca. No había más remedio que conformarnos y esperar á que se sosegase el tiempo para huir de aquellos inhospitalarios parajes. No puedo expresar con palabras toda el ansia que teníamos de abandonar aquella obscura vivienda, que Grunden, un día de buen humor, bautizó con el nombre de «Palacio de cristal».



CAPITULO XVIII

Hacia el cabo del Feliz Encuentro

EL 29 de septiembre pudimos, por fin, emprender la marcha. La abertura de la puerta estaba, como siempre después de una tempestad, obstruída materialmente por la nieve. Pero el cocinero en esta ocasión no se molestó en quitarla como de costumbre. En cuanto se convenció de que hacía buen tiempo, quitó sencillamente el techo que cubría el pasillo de la antecámara y salió al exterior por el boquete. El cielo estaba nublado y hacía bastante frío, pero no era cuestión de titubear más. No habían dado las siete cuando todos estábamos en pie. Aun nos faltaba hacer algunos preparativos antes de que pudiésemos abandonar aquellos lugares. Quitamos las tres pesadas cajas de fósiles de su sitio y las transportamos á un depósito que cubrimos con un trozo de toldo del techo, eligiendo para instalarlo el declive de la loma al norte de la cabaña.

Duse, durante los últimos días de forzoso encierro, se había entretenido en grabar en un trozo de tabla la inscripción siguiente: